



Erasmus Zarzuela

Definición y Poesía

Aunque no me es dable contentarme a estas alturas con una definición de la poesía, sé que ella, con sus singulares prerrogativas da acceso a zonas de la realidad a las que no se llega por otros medios (además de incrementar la realidad por supuesto). ¿Se trata de la necesaria sobrevivencia de algo antiguo, o del anuncio de un pensamiento o un sensorio futuro más rico? ¿O es otra su razón de ser? ¿O está la poesía llamada a extinguirse en este arduo tiempo, como les ocurrió en el suyo a «los monstruos antediluvianos con cola»? Frente a esta última posibilidad, amenazante no por lo de «monstruos» sino por lo de «extinguirse», quiero dejar constancia de mi criterio opuesto, de mi complicada esperanza.

Roberto Fernández Retamar en: Prólogo a Algo semejante a los monstruos antediluvianos.



el duende
director: luis urquileta m.
consejo editor: alberto guerra g.
edwin guzmán o.
benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david ángel llanes
casilla 448 telfs. 54855 - 70816
e-mail: oruduende@latinmail.com



Zona Franca Oruro S. A

El 14 de julio de 1986, a la edad de 86 años moría en Ginebra quien fuera uno de los escritores más significativos de la lengua castellana de todos los tiempos: Jorge Luis Borges, quien había nacido en Buenos Aires un 24 de agosto de 1899.

A 15 años del hecho y, a modo de sentido homenaje a este inigualable narrador, ensayista y poeta, recordamos su maestría con este poema que no figura en sus Obras Completas y puede ser leído con justeza como un epitafio.

Qué será del caminante fatigado.

¿En cuál de mis ciudades moriré?

¿En Ginebra, donde recibí la revelación
no de Calvino ciertamente, sino de Virgilio
y de Tácito?

¿En Montevideo, donde Luis Melián
Lafinur, ciego y cargado de años, murió
entre los archivos de esa imparcial
historia del Uruguay que no escribí
nunca?

¿En Nara, donde en una hostería japonesa
dormí en el suelo y soñé con la terrible
imagen de Buda, que yo había tocado y no
visto, pero que vi en el sueño?

¿En Buenos Aires, donde soy casi un
forastero, dados mis muchos años, o una
costumbre de la gente que me pide un
autógrafo?

¿En Austin, Texas, donde mi madre y yo,
en el otoño de 1961, descubrimos América?
Otros lo sabrán y lo olvidarán.

¿En qué idioma habré de morir? ¿En el
castellano que usaron mis mayores para
comandar una carga o para conversar un
truco? ¿En el inglés de aquella biblia que mi
abuela leía frente al desierto?

Otros lo sabrán y lo olvidarán.

¿Qué hora será?

¿La del crepúsculo de la paloma, cuando
aún no hay colores, la del crepúsculo del
cuervo, cuando la noche simplifica y
abstrae las cosas visibles, o la hora trivial,
las dos de la tarde?

Otros lo sabrán y lo olvidarán.

Estas preguntas no son digresiones del
Miedo, sino de la impaciente esperanza.
Son parte de la trama fatal de efectos y de
Causas, que ningún hombre puede
Predecir, y acaso ningún dios.